



PROGRESO GLOBAL

Felipe GONZALEZ

Nuestra época contemporánea, como ninguna época anterior, entraña muchas posibilidades, tanto para bien como para mal. Nada se hace solo y pocas cosas duran para siempre. Por eso, recordad vuestra fuerza y que cada época requiere su propia respuesta.

WILLY BRANDT, mensaje al Congreso de Berlín de la Internacional Socialista, en septiembre de 1992.

Introducción

En septiembre de 1996, el Congreso de la Internacional Socialista (IS), celebrado en Nueva York me encargó la preparación de una nueva plataforma de ideas que nos sirviera para encarar los desafíos actuales frente al fundamentalismo neoliberal, que niega el valor de la política y entrega todos los resortes de la convi-

vencia a un mercado sacralizado como un nuevo becerro de oro. Al mismo tiempo, debían ser unas ideas superadoras de las actitudes puramente defensivas que se vienen manifestando en sectores de la izquierda, con el riesgo de introducirnos en la senda del conservadurismo ideológico o de la resignación ante los nuevos retos de la revolución tecnológica y la globalización.

Propuse la creación de una pequeña comisión que organizara e impulsara un debate en torno a la globalización y sus consecuencias mediante un análisis de las nuevas realidades, y para el cual los principios, los valores que han inspirado nuestro movimiento nos sirvieran de orientación en la búsqueda de respuestas coherentes.

Por esta razón, desde el comienzo, en el pleno del Congreso de Nueva York quise provocar a los delegados afirmando que no se trataba de cambiar los principios que han inspirado nuestra tarea histórica, sino de comprender el cambio que se está produciendo para que las respuestas fueran también nuevas. Algunos lo interpretaron como un exceso de pragmatismo, casi un abandono de nuestros valores. Me interesaban, dije, las respuestas, que son las que comprometen, porque los principios, desde los de la Revolución francesa, eran suficientes.

He tenido que precisar, desde entonces, en reiterados encuentros que mi preocupación era, y es, evitar la reducción de este debate a una renovación de nuestra declaración de principios, formulada de manera diferente o parecida a otras declaraciones hechas a lo largo de nuestra historia reciente, escapando del análisis y la comprensión de los fenómenos que estamos viviendo. Por eso recordé que el objetivo era comprometerse con las respuestas, e incluso men-

***Debemos encontrar
respuestas coherentes
a los desafíos
de la globalización.***

cioné la diferencia que había entre predicadores y responsables políticos, apelando a un viejo refrán castellano: «Una cosa es predicar y otra dar trigo».

Nuestra tarea como organización internacional del socialismo democrático, es encontrar respuestas coherentes a los desafíos de la globalización. Respuestas que nos identifiquen en cualquier lugar del planeta, por algo más que la proclamación de nuestros valores, partiendo de la convicción de que los asumimos. Respuestas que sean articulables en el plano mundial, en el regional y en el nacional o local en que desarrollamos nuestras tareas, superando las contradicciones entre unos y otros niveles.

Si se tienen en cuenta la extensión y complejidad de las formaciones integradas en la IS, su rápido crecimiento, las diferencias de origen, de cultura y de realidades socioeconómicas sobre las que trabajan, que producen prioridades diferentes, comprenderemos la dificultad del empeño.

Por tanto, pretendemos con nuestro trabajo que se nos identifique como la alternativa de progreso y solidaridad que millones de seres humanos buscan, en los distintos rincones de la tierra. Que esta identificación sea algo más tangible que una declaración de mínimos, más próxima a los pronunciamientos de la ONU que al necesario esfuerzo de compromiso con las respuestas que esperan de nosotros hombres y mujeres.

Estas consideraciones me han llevado a proponer un debate sobre la globalización y sus efectos, a partir de una percepción todavía difusa del fenómeno, para contraponerle como respuesta una idea-fuerza: la necesidad de que a la economía global la acompañe un progreso global de los diferentes continen-

tes y regiones, y en el seno de cada una de nuestras sociedades nacionales.

Una posición, por tanto, ofensiva, que no acepta la resignación ante los nuevos retos para fundamentar la esperanza en una sociedad global orientada por valores humanitarios y solidarios, a la vez que respetuosa de las distintas culturas y civilizaciones y de los equilibrios medioambientales.

Desde el comienzo, he insistido en un esquema de reflexión de siete puntos, que tienen la virtualidad de ser interesantes para todos, porque a todos afectan, aunque en el desarrollo de los seminarios regionales y encuentros temáticos en diferentes puntos de la tierra las prioridades, dentro del mismo esquema de discusión, sean diferentes.

Es lógico que la preocupación sobre los límites y la reforma del Estado del bienestar sea una prioridad de países con alto nivel de desarrollo económico y avances sustanciales en la cohesión de las sociedades, mientras que en países emergentes, o aún más en países atrapados en la pobreza y la marginalidad, las prioridades se centren en la deuda que los agobia, en el acceso a la tecnología o en un mínimo de cohesión social todavía por adquirir, cuando no en la superación de la pobreza extrema y de la marginación.

Por estas razones, no he pretendido abarcar todos los motivos de preocupación en todas las regiones del mundo, sino desarrollar un marco que permita encajar en la propuesta general las preocupaciones prioritarias de cada zona. El objetivo sería, por tanto, una propuesta general, que nos sirva para el conjunto de la IS, articulable coherentemente con la oferta de las organizaciones regionales, (como el Partido de los Socialistas

***Pretendemos que
se nos indentifique
con el progreso
y la solidaridad.***

Europeos, por ejemplo), y de las formaciones nacionales que integran la organización.

Junto a los encuentros regionales, que estamos desarrollando en varios continentes, he propuesto una serie de seminarios temáticos sobre cuestiones de nuestro tiempo o sobre prioridades locales que vayan dando profundidad y variedad al análisis general. Por ejemplo: los problemas de la identidad cultural frente a la globalización, analizados en el seminario de Rabat; los del crecimiento con equidad, analizados en Chile; los medioambientales; los de la mujer; los migratorios; o cualesquiera otros que, con un enfoque específico, nos vayan permitiendo tomar posiciones progresistas y solidarias para la Internacional Socialista.

Parto, en mi aproximación, de las palabras de Willy Brandt, cuando nos recordaba que nunca el mundo había ofrecido tantas oportunidades ni amenazado con tantos riesgos. Para añadir que dependía de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad aprovechar las primeras y minimizar los segundos. En la tradición de la izquierda revolucionaria ha pesado el pensamiento gramsciano del «pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad», mientras que hoy, jugando con las paradojas, podríamos afirmar que es posible el optimismo de la inteligencia porque podemos comprender el cambio que está

*El interés que suscita
la «tercera vía»
es su actitud
no resignada.*

viviendo el mundo, mientras que resulta más difícil evitar el pesimismo de la voluntad, porque las tendencias defensivas han tomado estado de naturaleza en muchos dirigentes y en amplios sectores de opinión.

Puede observarse en el liderazgo político una especie de resignación que extiende la idea de que la próxima generación vivirá peor que la precedente y tendrá menos oportunidades. Creo que, desde esta posición, se hace imposible enfrentar los cambios históricos desde una voluntad transformadora como la que reclamaba Brandt, capaz de hacer valer nuestro compromiso con la solidaridad para mejorar las condiciones de vida de los seres humanos.

Fue Octavio Paz, considerado por algunos sectores hombre ligado al pensamiento conservador quien, observando los efectos de la caída del muro de Berlín y el hundimiento del modelo comunista, nos recordó, con sorprendente lucidez, que el hecho de que las respuestas hayan fracasado no significa que las preguntas no sigan vigentes.

Si, más allá de prejuicios ideológicos, fuéramos capaces de escuchar las palabras de Brandt y las de Paz, habríamos encontrado la disposición de ánimo para desarrollar nuestros valores en la sociedad de la globalización. Inteligencia para comprender el cambio de era que estamos viviendo, en trance de supera-

ción de la sociedad nacida de la revolución industrial; voluntad para proponer las respuestas innovadoras y solidarias a los nuevos desafíos, aprovechando sus ventajas, minimizando sus riesgos.

El interés que suscita la llamada «tercera vía» es, precisamente, su actitud no resignada y capaz de asumir ofertas con riesgo, al tiempo que se mantienen principios solidarios frente al fundamentalismo neoliberal y se apela a la responsabilidad individual y comunitaria como esfuerzo convergente que deben realizar los poderes públicos, modificando el quehacer político pero sin renunciar al papel de la política.

Estoy convencido de que el elemento ideológico que más nos identifica es la solidaridad, entendida como lucha contra la desigualdad. Por eso, nuestra política de ofertas está siempre orientada a la redistribución, sea de bienes materiales, sea de educación, sea de sanidad o de seguridad en la vejez. Sin embargo, comprendemos los peligros de pasividad que puede generar una política de reconocimiento de derechos sin las responsabilidades correspondientes, así como los problemas de sostenibilidad del modelo, por lo cual oímos, cada vez más, la apelación a la responsabilidad, al equilibrio entre derechos y deberes. Estoy de acuerdo con esta valoración, a la que me gustaría añadir la necesidad de redistribuir capacidad emprendedora, espíritu de iniciativa, de asunción de riesgos, valorando a la persona que lo hace y poniendo de manifiesto la dimensión social de esta actitud de apertura de nuevos espacios y oportunidades.

La redistribución de actitudes emprendedoras en materia social, económica, cultural o política, sería una nueva dimensión de la solidaridad en

nuestros sistemas educativos y de formación profesional, en nuestras ofertas políticas a los ciudadanos y en nuestra cultura política.

En relación con la amplitud del debate, me gustaría que los compañeros de las organizaciones de la Internacional Socialista estuvieran abiertos al mestizaje de las ideas, más allá del ámbito puramente orgánico, para llegar a sectores distintos del mundo empresarial, científico y cultural, a movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales. En una sociedad en cambio rápido y profundo, las posiciones de enclaustramiento pueden conducirnos al fracaso, aunque haya oleadas de voto que pueden responder al miedo, a la incertidumbre más que al compromiso activo con un proyecto innovador cargado con los valores que nos han hecho fuertes y respetables.

Con este enfoque, hemos ido avanzando sobre la renovación de ideas, de las que ahora se puede ofrecer un primer resumen, que sin pretender dar cuenta de todo lo hecho puede servir de orientación sobre los contenidos y la marcha del debate. Para otro momento dejo la reflexión, que será objeto de un encuentro en Suecia (febrero de 1999), sobre el modelo de organización que debería adoptar la IS para servir de instrumento eficaz en la divulgación de las ideas y en la transformación de las realidades, con una utilización más eficaz de los medios de comunicación disponibles, para llegar al mayor número de seres humanos.

Algo más quisiera añadir en esta introducción. Muchos compañeros y amigos están realizando en foros diferentes y dispersos un esfuerzo de búsqueda y propuesta en la misma o parecida dirección. Debemos evitar la dispersión, con-

***Hay que modificar
el quehacer político
sin renunciar
al papel de la política.***

centrando esfuerzos para mejorar los resultados pero, sobre todo, debemos evitar falsas competencias o recelos inútiles. Iniciativas como la «tercera vía» lanzada por Tony Blair, propuestas como la de Rocard, foros como el presidido por Delors en Nuestra Europa, o sugerencias de diálogo de los institutos demócratas americanos, así como foros de debate latinoamericanos, deberían converger en esta reflexión abierta de las fuerzas progresistas.

En el espacio europeo, por ejemplo, existen fundaciones e institutos de pensamiento en cada uno de nuestros países que podrían encontrarse, intercambiar proyectos y sumar voluntades. Podrían plantearse la pregunta: ¿Qué Europa necesitamos para enfrentar la globalidad? Yo parto de la convicción de que hoy, en la frontera del siglo XXI, más que nunca necesitamos una Europa unida: política, social y económicamente; en su seguridad interior y en su papel en el mundo. Pero sólo despejando lo que queremos poner en común aclararemos qué instituciones necesitamos para ello.

Lo mismo cabe decir de nuestros amigos de América Latina, que conocen procesos de integración como Mercosur o el Pacto Andino y tratan de desarrollar formas de regionalismo abierto, para encontrar nuevos equilibrios internacionales o ganar eficacia en la economía abierta.

Por tanto, propongo un ejercicio de diagnóstico sobre la globalización y sus implicaciones, seguido de un ensayo de respuestas comprometidas desde nuestros principios, y de propuestas de reforma o creación de nuevas instituciones que hagan posible la canalización efectiva de las respuestas, tanto en el plano regional y supranacional como internacional y global.

La velocidad de los acontecimientos, como podemos observar con la crisis financiera y los procesos de concentración empresarial en sectores claves de la economía, no admite demora para las primeras aproximaciones. Sean cuales sean las apreciaciones sobre los acontecimientos mundiales, la realidad económica empresarial y la realidad financiera internacional están cambiando rápidamente en el nuevo marco global en tanto las propuestas o respuestas políticas se retrasan.

En relación con la crisis financiera, por ejemplo, tengo la impresión de que se reitera sin convicción que lo peor ya pasó, cuando en el fondo se tiene la percepción de que lo peor está por llegar. Sólo entonces, cuando la epidemia se convierta en pandemia, habrá una reacción de respuesta.

Lo mismo cabe decir de la falta de acción global en los temas medioambientales, a pesar de la reiterada advertencia

***Debemos redistribuir
la capacidad emprendedora
para abrir
nuevos espacios.***

de tecnólogos acreditados sobre la inminencia de algunos riesgos.

Finalmente, me gustaría aclarar que este primer resumen, que envíe a la Presidencia, a los miembros de la Comisión Progreso Global y a los líderes de la IS, únicamente me comprometo a mí, pues aún no ha sido contrastado con los miembros de esta Comisión. Naturalmente, es una propuesta que requiere aportaciones de todos y continuación de los debates previstos antes del Congreso de la IS, en el otoño de 1999.

Sería de gran utilidad recibir críticas y observaciones de todos los receptores de este primer borrador.

Los valores como agujas de marear

La profundización de la democracia me ha parecido siempre la más acertada definición del socialismo. Por ello, las manifestaciones históricas de un socialismo sin libertad las he tenido por traición a nuestros objetivos liberadores del ser humano. Así, nuestra tarea histórica se identifica más con un camino que con una meta. La sistematización de las ideas políticas con teleologías que pretenden ofrecer un resultado cierto en forma de paraíso, se aproxima a las concepciones religiosas, transcendentales, produciendo fenómenos totalizadores, comunistas o fascistas.

Al mismo tiempo, me repugna el relativismo descomprometido, el escepticismo cínico, incompatible con un proyecto de lucha por mejorar la condición de los seres humanos en sociedad que constituye nuestra orientación básica.

Si volvemos la mirada hacia atrás, el siglo XX ha estado marcado por nuestro esfuerzo de democratización política,

económica y sociocultural. No hemos sido los únicos pero sí el eje central de esta lucha llena de altibajos, pero continua, de liberación progresiva de los seres humanos.

La democracia representativa ha pasado de ser censitaria y masculina a universalizarse en los derechos de voto y participación de todos y todas. La aportación del movimiento feminista desde principios de siglo, apropiándose de una parte sustancial de la filosofía igualitaria del socialismo democrático, llevó a la izquierda a asumir esta reivindicación, que hoy en los países «occidentales» camina por la senda de la democracia paritaria después de una transformación cultural profunda.

La economía de mercado correspondiente a la revolución industrial ha aceptado una dimensión social, tanto desde la perspectiva de los trabajadores como desde la de los consumidores, gracias a la presión opositora o gobernante del movimiento socialdemócrata y otras fuerzas progresistas. Fenómeno que sería estimable como una democratización del mercado en base a la cohesión social que conocemos como Estado del bienestar. Al mismo tiempo, ha constituido un elemento clave de sostenibilidad del modelo de economía de mercado en la sociedad industrial.

Una permanente lucha por las libertades, junto a la búsqueda de una creciente justicia social, ha producido una sociedad en la cual la economía de mercado de la revolución industrial se ha adaptado progresivamente a la necesaria dimensión social. Es el gran éxito de lo que conocemos como los *treinta años gloriosos* de la segunda posguerra mundial.

Enfrentamos un cambio de era marcado por el paso vertiginoso de la revolución industrial a la revolución tecnológica, cuyo rasgo más relevante es la revolución de la información. Los primeros pasos de este cambio apuntan a una creciente concentración del poder económico y financiero en grandes grupos, al debilitamiento de la democracia representativa, del papel de la política y al aumento constante de la desigualdad social.

Hay riesgos para la democracia que conocemos, riesgos para las políticas de solidaridad y cohesión social que se inspiran en nuestros valores. Nuestro reto, ante la globalización, es encontrar respuestas para la aplicación de nuestros principios, dando a la «economía informacional» (en expresión de Manuel Castells) el sesgo democrático y social que la humanice y la haga sostenible en el tiempo, como tuvimos ocasión de hacer con la economía de la segunda revolución industrial.

Esto nos impulsó a llamar a nuestro debate *Progreso Global*, como idea-fuerza que señalara el camino hacia una mejor distribución social de la riqueza de las oportunidades, como contrapunto a la globalización de la economía y del sistema financiero. Por eso empleo la expresión marinera de «los valores como agujas de marear», para que evitemos la tentación de la resignación que se esconde tras los discursos de predica-

***Las organizaciones
de la IS deben
abrirse al mestizaje
de ideas.***

*En la frontera
del siglo XXI,
necesitamos ante todo
una Europa unida.*

dores de principios y anunciadores de catástrofes, o la reacción defensiva de aplicar recetas viejas a realidades nuevas.

Pero me preocupa el debilitamiento de los valores, incluso entre nosotros y, en particular, en su dimensión internacional, que era, en su origen, nuestra razón de ser. Paradójicamente, hoy solamente se observa esta dimensión internacional global en la estructura y funcionamiento de las empresas y del sistema financiero, mientras nosotros nos replegamos impotentes al ámbito de lo local en nuestra acción política, distanciándonos de los problemas, de las injusticias que afectan a los otros. La paradoja nos lleva a la debilidad, puesto que la gobernabilidad de la nueva situación escapa a nuestras manos, incluso a la política en general.

Cuando asistí al funeral de nuestro compañero Francisco Peña Gómez, en homenaje a su personalidad y a su trayectoria hice una reflexión sobre la solidaridad que avancé en la reunión de Oslo y que traslado ahora, aún a riesgo de ser reiterativo.

La solidaridad, en el origen del movimiento que representamos, se entendía como solidaridad de clase o, si se prefiere, como solidaridad que nace de una experiencia vital compartida, en el trabajo en cadena, en el barrio, en la familia y la escuela. En definitiva, en

todo el ciclo vital, generación tras generación, «desde la cuna hasta la tumba».

Esta experiencia vital compartida, típica del sistema productivo de la sociedad industrial, con sus dimensiones habitacionales, culturales, educativas etcétera, está cambiando con el impacto de la revolución tecnológica, entendida como revolución de la información. Vale decir, en el propio empleo como lo venimos entendiendo, en las relaciones industriales y en los hábitos sociales. El trabajador está dejando de ser parte de la máquina, de la cadena, porque la cadena está desapareciendo, y está volviendo a ser «pastor de máquinas», como en las épocas previas a la revolución industrial fuera pastor de animales como instrumentos de trabajo. Este fenómeno, que tiene su parte dignificadora para el que trabaja, produce desempleo masivo, al tiempo que se está alterando el modo de vida en la comunidad en la que se habita, el sistema educativo y las relaciones sociales, incluidas las familiares.

En el primer mundo, en los países centrales, pero también en los emergentes y en los más pobres, un sector reducido de la población se concentra en guetos de lujo, con sistemas de seguridad, medicina y educación privados. Un porcentaje cada día más reducido de activos gozan de un empleo cuya estabilidad depende de la dificultad de sustitución. Otros guetos de miseria y exclusión se están extendiendo por las cada vez mayores concentraciones urbanas. Un tipo de empleo precario y sustituible abarca a un número creciente de activos, carentes de seguridad social, de asistencia sanitaria y de perspectivas para la vejez en sociedades ricas, o con temor a perderlas en otras, rodeados de un universo creciente de excluidos, ex-

cedentes del mercado de trabajo y marginados del resto de la sociedad.

El empleo tradicional de la economía de la sociedad industrial, «para toda la vida laboral», está desapareciendo y la productividad por persona ocupada en la economía informacional se dispara a límites nunca imaginados. La solidaridad, en una sociedad de pocos activos ocupados, con un número creciente de parados u ocupados precariamente, con hábitos de relación social menos intensos, se hace más difícil. La sostenibilidad de un modelo de sociedad cohesionada a través de un sistema fiscal redistributivo en ingresos y gastos, se cuestiona cada vez más con el falso argumento de la insostenibilidad económica, cuando en realidad el factor más importante es de carácter social. El reducido número de ocupados con un empleo bien retribuido y poco sustituible es cada vez más sensible al argumento individualista de que cada cual resuelva sus problemas de salud, educación o vejez para sí y para su familia, despreocupándose del resto.

Trato de comprender lo que está pasando e intento abrir un espacio a la reflexión para encontrar una guía, una estructura de pensamiento que explique de dónde venimos y adonde vamos. Comprendo la necesidad de escapar por la vía de la ética de lo absoluto, de los valores trascendentes, que permiten, pase lo que pase aquí abajo, quedarse tranquilo incluso cuando se escurre la comprensión de lo contingente. Pero la búsqueda que me planteo no se refiere a esto, como creencias más o menos convencionales en el más allá, que respeto, sino a la desestructuración del ser humano como ser histórico, típica de las épocas de cambio, pero que en otros momentos de la historia se ha producido con la pausa suficiente como para

permitir una adaptación menos angustiosa.

Como seres humanos somos seres de nuestro tiempo, con referencias del pasado que nos sirven de guía de comportamiento, de código de señales para orientarnos en nuestro pensamiento y en nuestra acción; cada generación se identifica con algunos referentes históricos, incluso para rechazarlos, que le sirven de orientación. Lo peculiar de la época que nos está tocando vivir, sin embargo, es que la velocidad y profundidad de los cambios hacen inseguras o inservibles nuestras referencias e imposibilitan nuestra capacidad para responder con los parámetros habituales.

¡Imaginemos que el tránsito de la sociedad rural a la urbana se hubiera producido en una sola generación! Todavía hoy, una parte de nuestras referencias son rurales, a pesar de la revolución industrial del siglo XIX y del siglo XX a la que pertenecemos históricamente, que fue cambiando las relaciones de producción, los modos de vida y, con ellas, una parte de nuestras pautas culturales. En la película *Tiempos modernos* Charlot expresó mejor que nadie ese cambio de ser histórico que acompañó a la revolución industrial. Un cierto *pathos* del productivismo, con los trabajadores unidos a la cadena productiva como una pieza más de la máquina a la que sirven. Era el paradigma de este tiempo que conoció la generación de

***Se retrasa
la respuesta política
a los cambios
en el mundo financiero.***

nuestros padres y abuelos, y la generación a la que pertenezco.

Pues bien, esta época está desapareciendo con la revolución tecnológica, con la transformación de las comunicaciones y de la información, con la biotecnología y otras manifestaciones del avance científico. Pero la velocidad del tránsito es infinitamente mayor que todo lo ocurrido hasta ahora. Tal vez el nuevo paradigma es la ausencia de paradigma.

Lo ocurrido con la caída del Imperio soviético en relación con cualquiera de los precedentes, puede acercarnos a la comprensión del fenómeno. Vemos en la historia del desarrollo de los imperios conocidos una evolución más o menos rápida hasta un punto culminante y varios siglos de decadencia hasta su desaparición y sustitución. Desde el Imperio romano hasta el británico, pasando por el español, como en todos los conocidos en otras civilizaciones, éste ha sido el modelo. Varios años (pocos) han bastado para ver desaparecer el Imperio soviético hasta convertirse en cenizas.

Puede ser, no me atrevo a asegurarlo, un ejemplo útil como reflexión sobre la velocidad del cambio y sobre su origen. Es decir, la caída de la URSS, su carácter vertiginoso, puede tener sus causas más serias en la batalla perdida de la revolución tecnológica, acompañada de la puesta al descubierto de los fallos del

***El socialismo
significa
una profundización
de la democracia.***

sistema justamente por la misma sociedad de la información, es decir, por una de las características más relevantes de esta revolución tecnológica.

Cuando Gorbachov comprende que la URSS ha perdido la batalla más importante frente a EE.UU., intenta su «reforma» (*perestroika*) económica y trata de buscar apoyos sociales frente a los conservadores del aparato comunista a través de una política de transparencia informativa que acerque a los ciudadanos a la reforma. (No habría que olvidar que los soviéticos fueron los primeros en la carrera espacial; hace sólo cuatro décadas y todavía en los años setenta eran considerados tecnológicamente tan capaces como los norteamericanos.)

Pues bien, fue la información (*glasnost*) el espejo en el que se reflejó el fracaso del modelo soviético, haciéndolo espectacularmente visible a los ciudadanos engañados de la Unión Soviética. El edificio totalitario del Imperio muestra su fragilidad y se derrumba con estrépito en pocos años. Gorbachov paga, sobre todo, el precio de atreverse a mostrar su realidad. Coloca el espejo ante los ojos de millones de rusos, que no pueden resistir la imagen, sacrificando a quien se la muestra.

A los efectos de esta reflexión, lo que quería destacar era que la transformación de la sociedad industrial en sociedad de la información, de la economía industrial en economía informacional, es tan rápida que está desestructurando al hombre como ser histórico. Creo que la angustia, la *malaise* que dicen en Francia, la incertidumbre y el desasosiego como factores dominantes de nuestras sociedades tienen esa causa fundamental. La gente intuye que lo que era hasta ahora razonablemente seguro

ya no lo es y cree que no lo será en el futuro. No pretendo connotar la definición, sino tratar de explicar lo que pueda significar el hecho de que, como seres históricos que somos, percibamos que nuestra red de referencias, nuestros códigos de señales, nuestra manera de comunicarnos con los demás y de realizarnos ya no es la que era y no lo será en el futuro.

Cuando iniciamos este debate, propuse a los compañeros de la IS que lo orientáramos como desafío y respuesta a la oferta simplificadora del pensamiento único, del fin de la historia, que acompañó la caída del muro de Berlín y la exaltación neoliberal del mercado, sin la vía de escape de los grandes pronunciamientos de principios. Mi preocupación era evitar un debate de revisión de la declaración de principios que nos llevara a huir de la realidad compleja que estamos viviendo, a la tentación de dibujar un futuro basado en los principios declamados, abandonando la responsabilidad de dar respuestas al presente. Un hábito reiterado por sectores de la izquierda, empeñados en inventar el futuro para abandonar el presente a la derecha, hoy al neoliberalismo fundamentalista.

Pues bien, convencido como estoy de este riesgo, quiero introducir en el debate una reflexión sobre uno de los principios que más nos ha diferenciado de otras corrientes de pensamiento y de otras alternativas políticas: la solidaridad. Reflexión de principios que busca anticipar un futuro que ya tenemos encima, buscando responsabilizarnos con el presente para que el pensamiento reaccionario no imponga la ruptura de la cohesión social imprescindible para vivir en libertad.

No es contradictorio con lo que vengo proponiendo, a pesar de la provocación

***La economía
de mercado
se ha adaptado
a la dimensión social.***

implícita en mis palabras de arranque en el Congreso de Nueva York, porque nada tiene sentido en nuestras propuestas de ideas si no nos sirven para mejorar la condición de los seres humanos y, hoy como ayer, eso depende de cómo entendamos la solidaridad. Solidaridad entre los que tienen y los que no tienen, desde el punto de vista material, pero también educacional y cultural; en cada una de nuestras sociedades y entre las diferentes sociedades humanas. Solidaridad global, si se quiere definir la esencia misma de la Internacional Socialista.

El cambio de la realidad mundial, el proceso que discutimos como globalización, producido por la revolución tecnológica en curso, no cambia el concepto de solidaridad desde el punto de vista de la filosofía que inspira nuestras ideas, pero tenemos que preguntarnos, a la vista de las nuevas realidades, cómo serlo, cómo se vive y se fomenta el espíritu solidario en nuestras sociedades locales, regionales, nacionales o internacionales.

El primer elemento de reflexión surge del análisis mismo de la evolución de la realidad, que hizo posible una forma de solidaridad típica de las sociedades industriales. La solidaridad como experiencia vital compartida. Aquella sobre la que se acuñó la idea-fuerza de la protección pública de los ciudadanos «desde la cuna a la tumba»,

***Los valores
se han debilitado
en su dimensión
internacional.***

que caracterizó la oferta de la socialdemocracia después de la Segunda Guerra Mundial. Esa solidaridad, llamada tradicionalmente por la izquierda «solidaridad de clase», como también hablamos de «sindicatos de clase» o «partidos de clase», y que entrañaba una respuesta, asimismo, de clase. Clase trabajadora, clase obrera, frente a clase poseedora, clase capitalista. Trabajador frente a empresario, explotado frente a explotador.

El elemento definitorio sustancial era el trabajo dependiente en general y, en particular, el trabajo en cadena. Modelo de sociedad típico de la revolución industrial. Junto a ello, se compartía el barrio o el pueblo, la calle y los locales de esparcimiento, la escuela y el destino heredado de padres a hijos y a nietos.

Hoy experimentamos la angustia de un paro desconocido en las sociedades industriales en el último medio siglo, pero las causas y las consecuencias son distintas de las que se conocieron en el «crack» del 29. Los modos de producción están cambiando rápidamente en las sociedades que llamamos desarrolladas, pero los modos de vida también, más allá del drama del paro. Siderurgias, telares, trabajos agrícolas, construcción pública, etcétera, no serán nunca más cadenas de producción de miles de hombres o mujeres. Cada vez se trabaja más individualmente, menos conectado con los demás, con los que se

deja de compartir experiencia de proximidad en las tareas, de problemas y de certidumbres o incertidumbres respecto a su trabajo.

Si seguimos a una pareja con empleo en nuestras sociedades más avanzadas, podemos comprobar que salen juntos en la mañana, dejando al hijo —cuando lo tienen— en la escuela. Pasan la jornada pastoreando su máquina individualmente, y vuelven a encontrarse en la tarde, en el apartamento, en la casa, ante el televisor, sin el menor contacto con sus vecinos de bloque o barrio.

Los mayores viven aparte, separados de la familia tradicional, en sus propias casas o en residencias. La experiencia vital compartida en el trabajo, en el barrio, en la calle, está desapareciendo en las sociedades avanzadas. Los elementos de solidaridad implícitos pueden estar cambiando también.

Podemos seguir al niño en su jornada, fuera de los juegos en las calles, casi inexistentes en ciudades que niegan la posibilidad de compartir espacio para ellos, llenas de tráfico y riesgo. En la escuela puede encontrar, desde primaria, el factor dominante de la competitividad, por encima de la convivencia con el que es diferente, menos capaz, con menos posibilidades por su origen, en la mayor parte de los casos. No se trata de los estudios superiores como formación de excelencia, se trata de una orientación competitiva, con frecuencia insolidaria, en la misma infancia. Los propios padres prefieren que sus hijos no estén con otros más torpes o menos capaces y, menos aún, con otros que sean de distinta raza o religión.

No olvidemos a los mayores, que en nuestras sociedades son cada vez más

en número y, valga la contradicción, cada vez menos mayores o más jóvenes, porque quienes salen del mercado de trabajo después de los 50 años son parados en espera de jubilación o prejubilados. Como socialdemócratas, hemos interpretado nuestra solidaridad con los mayores de manera insuficiente en las sociedades que consideramos modélicas como sociedades del bienestar. Una pensión digna y una atención externa a la familia, nos han parecido la culminación de nuestras aspiraciones solidarias. Ha sido Ibrahim Boubakar Keita, en un debate interno de nuestra Comisión Progreso Global, quién me ha hecho reflexionar a partir de una frase de un poeta africano que expresa algo más que tradición oral en sus culturas: «Un viejo que muere, es una biblioteca que arde».

Para nosotros, occidentales, arrogantes en la exhibición de nuestros logros solidarios, esto no es así prácticamente nunca. Les ofrecemos medios materiales para su supervivencia, pero les negamos todo lo demás porque no les dejamos papel alguno en nuestra sociedad. Ellos, los africanos y también los asiáticos, con frecuencia no pueden facilitarles medios materiales, pero les ofrecen todo lo demás, como el respeto y la integración en sus sociedades hasta el último momento de sus vidas. Permanecer vivos y activos hasta el final.

Pues bien, estas reflexiones, que no sólo circulan por los análisis de los movimientos de capital, o de la concentración empresarial, me han llevado a hacer algunas propuestas para nuestra plataforma de ideas en un campo tan sensible para nuestras organizaciones como el de la solidaridad.

La solidaridad como sentimiento, sigue siendo un impulso compartido por grandes mayorías en nuestras socieda-

***Los parámetros
habituales no sirven
para responder
a los cambios actuales.***

des, y lo es entre los jóvenes, a pesar de las clásicas críticas generacionales, con tan escasos fundamentos como siempre. Pero la fragilidad y los elementos contradictorios de este sentimiento pueden observarse con facilidad. En una sociedad mediocrática, dominada por la televisión, en que la noticia es fugaz —sin información de base para elaborar criterios—, cuando una catástrofe natural o una guerra sangrienta o una hambruna dramática aparecen en los medios audiovisuales, se produce una reacción solidaria, que dura lo que el tiempo de permanencia en esos medios. Después desaparece, salvo para grupos muy reducidos que se integran en ONG y mantienen las tareas solidarias sobre el terreno, o desde sus países de origen.

La contradicción que estamos viviendo en nuestras sociedades es constatable cotidianamente. Se rechazan la miseria y la exclusión próximas y se acude en ayuda de las remotas. Es típico de lo que digo la hostilidad con los marginales o con los inmigrantes, que son rechazados en los barrios y en las escuelas. Es frecuente ver manifestaciones de protesta ciudadana por la instalación de un centro de recuperación de drogodependientes en el barrio, o de acogida de inmigrantes, por el mismo tipo de público dispuesto a sacrificar algo de su patrimonio para enviar una ayuda de urgencia al Tercer Mundo ante una emergencia catastrófica de cualquier tipo.

La educación, en esta sociedad desestructurada en la que las anteriores experiencias vitales compartidas están desapareciendo, cobra una dimensión fundamental para la formación de ciudadanos que acepten la diferencia, que aprendan desde la infancia a conocerla y que reciban estímulos para integrar a los menos dotados, a los diferentes.

Las redes de comunicación entre los seres humanos se están digitalizando y, probablemente, las estructuras sociales del futuro dependerán, en parte, de conexiones de esta naturaleza, si llegan a ser interactivas, permitiendo el diálogo y no sólo la información unilateral. Sin embargo, los nuevos medios de comunicación ya juegan un papel determinante, globalizado por su naturaleza, en las actitudes de los individuos. Por eso, si queremos que la solidaridad sea un valor compartido tenemos que pensar en los medios de comunicación ligados a la nueva revolución tecnológica, en su situación de creciente dominio oligopolístico ligado a las empresas de telecomunicación que heredan monopolios históricos.

La idea de solidaridad está unida a la redistribución y, en la cultura occidental, a la redistribución de bienes materiales. En particular, la acción solidaria se vuelca, en el plano global, hacia la lucha contra la pobreza extrema y contra la enfermedad. En el seno de nuestras sociedades desarrolladas, la vincu-

lamos al sostenimiento de lo que llamamos «Estado del bienestar».

El fundamento de la solidaridad, es decir, la redistribución para conseguir acortar las desigualdades, no tiene por qué cambiar, pero lo que se debe redistribuir para generar mayores niveles de cohesión en nuestras sociedades y en el marco global debe ser analizado a la luz de las nuevas realidades para establecer prioridades más operativas, para que sean sostenibles en la nueva realidad económica y social.

Por eso les propongo, como cuadro de sugerencias a desarrollar, formas de solidaridad nuevas que se añadan a las existentes, estableciendo prioridades distintas de las practicadas en nuestros modelos tradicionales.

La lucha contra la pobreza, en sus manifestaciones más lacerantes de hambre y enfermedad, no podrá ser superada si no se redistribuyen educación, tecnología, y se desarrollan las capacidades de iniciativa personal. Sin embargo, el agravamiento de las diferencias que está produciendo la nueva realidad de la globalización y de la revolución tecnológica no nos está llevando a buscar respuestas nuevas sino a insistir, defensivamente y con creciente frustración, en las clásicas. Esta apreciación es tan válida para la cooperación internacional, incluidas las ONG, como para los sistemas de protección social de las sociedades desarrolladas.

***La URSS cayó
porque perdió
la batalla frente a
la revolución tecnológica.***

**Siete puntos para el debate
sobre la globalización y sus efectos**

Donde quiera que se llega, sea Tokio, San Francisco, Londres, Buenos Aires, Brasilia, París o Budapest, se habla de globalización, aunque sea para negarla

citando precedentes, para rechazarla como la nueva amenaza, o para exaltarla como la nueva frontera.

Según las posiciones ideológicas, según los intereses en juego o las propias identidades, podemos oír a los que piensan que es la gran oportunidad de confiarlo todo al mercado, disminuyendo el papel de la política, de lo público, comprendido el propio Estado-nación. El mercado exige desregulación sin límites, ausencia de interferencias. Se trata del neoliberalismo fundamentalista, que abandona a su propia suerte a los ciudadanos en nombre de la libertad del individuo, y que rechaza la importancia, para su dignidad y para su bienestar, de una sociedad políticamente organizada, con elementos de cohesión. El ser humano al servicio del mercado, en la confianza de que éste tendrá en cuenta todas sus necesidades y les dará satisfacción. La famosa «mano invisible» —que, sin embargo, parece dispuesta a golpear siempre en la misma dirección—, se convierte en supremo hacedor de la globalización sin reglas ni gobierno. Teorías como el «fin de la historia» y «el pensamiento único» acompañan a esta posición, que intenta excluir cualquier alternativa con una dimensión solidaria.

En las fuerzas progresistas domina el miedo a la deslocalización, a la pérdida de puestos de trabajo, a la insostenibilidad del modelo de sociedad cohesionada que conocemos como Estado del bienestar cuando no, como ocurre en países pobres, el miedo a la existencia de «globalizadores y globalizados», situándose ellos entre los últimos. Para estos, la globalización es la nueva expresión de la hegemonía occidental, encabezada por Estados Unidos, que atenta contra sus propias identidades culturales y los margina del desarrollo. En todas partes, incertidumbre y desa-

sosiego crecientes, exclusión y aumento de la violencia. Tras la superación de los bloques ideológicos irreconciliables, la globalización está creando problemas identitarios como rechazo a la homogeneización que se teme o generando nuevos fundamentalismos: nacionalistas, religiosos, étnico- culturales.

El primer esfuerzo debería ser conceptual, de identificación de los rasgos más relevantes del fenómeno de la globalización. Tras un buen número de debates en distintos sitios y con diferentes participantes, sin pretender incluirlos todos, me atrevo a señalar una orientación conceptual con tres rasgos generales para iniciar el ejercicio.

La globalización actual, fruto de la revolución tecnológica, comporta una interdependencia creciente, aunque desequilibrada territorial, económica, social y culturalmente, que la diferencia de los procesos globalizadores acompañados de hegemonías imperiales de los últimos siglos. El rasgo conceptual más definitorio sería, por tanto, que a pesar de los desequilibrios apuntados el entramado global es cada día más interdependiente, frente a la descarnada dependencia de las épocas imperiales, incluida la época de la política de bloques. Era más fácil amputar un miembro del Imperio para evitar el contagio a la metrópolis que dejar caer a México en su crisis del peso, o a Brasil con su crisis del real.

***Si sólo
inventamos el futuro
abandonamos el presente
a la derecha.***

***Hemos interpretado
de forma insuficiente
nuestro compromiso
con los mayores.***

Se están generando paradojas y contradicciones nuevas. Disminuyen las distancias de riqueza entre países; es decir, se tiende a reequilibrar el producto bruto mundial desde el punto de vista territorial. Sin embargo, crece la distancia entre la riqueza y la pobreza de los seres humanos concretos, tanto en las sociedades desarrolladas como en las emergentes o subdesarrolladas. Por otra parte, la interdependencia desequilibrada se percibe con mayor sentimiento de injusticia como consecuencia de la información disponible, inmediata y mundial, que provoca un grado de inestabilidad muy superior al de la propia realidad de la pasada política de bloques o de las anteriores hegemonías imperiales.

Por tanto, podemos arriesgarnos a definir la globalización como una revolución en la información y comunicación entre los seres humanos producida por las nuevas tecnologías y que está cambiando las relaciones de producción, las estructuras de poder, las bases de la sociedad industrial y generando una interdependencia creciente, aunque desequilibrada, a la vez que oportunidades desconocidas históricamente.

Parto de la convicción de que todas las revoluciones que han generado cambios profundos han sido revoluciones en la comunicación entre los seres humanos. Desde las grandes

conquistas imperiales hasta los descubrimientos territoriales o tecnológicos, han tenido secularmente este significado. Por esta razón, tal vez, algunos analistas tienden a negar la globalización que estamos viviendo como un hecho nuevo, poniendo ejemplos históricos indiscutibles como pasos en la globalización de las relaciones humanas.

Como se ha dicho al comienzo, tratamos de debatir sobre tres de los rasgos más significativos de este cambio de era: 1. La revolución tecnológica; 2. la globalización de la economía; 3. la globalización del sistema financiero. A partir de este análisis, intentamos aproximarnos a los efectos de este fenómeno sobre el Estado-nación, agrupándolos en tres fundamentales y fáciles de identificar: 4. La reducción de márgenes de las políticas macroeconómicas; 5. los cambios en la Estructura del Estado, hacia la supranacionalidad y hacia la descentralización interna; 6. los cambios en el papel de la política ante los derechos ciudadanos que se reconocen como universales y ante los servicios públicos que se privatizan, para terminar con una reflexión, como punto 7, sobre la gobernabilidad del fenómeno a nivel mundial.

La revolución tecnológica, en particular la que afecta a la información, es el factor desencadenante de la globalización de la economía y del sistema financiero, a la vez que el elemento clave de la aceleración de los cambios de la sociedad industrial a la nueva sociedad, cuya economía empieza a denominarse informacional.

En las sociedades desarrolladas, este cambio obliga a revisar el triángulo: competitividad, empleo, Estado del bienestar. Los problemas de competitividad son evidentes. Quienes no se adap-

tan a los cambios tecnológicos con flexibilidad en un proceso permanente de reestructuración, quedan rápidamente fuera del mercado. La tentación autárquica del cierre de fronteras sólo producirá retraso histórico y consecuencias sociales más graves que las que se tratan de evitar. Por eso, cuando algunos compañeros y amigos hablan de graduar los cambios que provoca la economía abierta de la revolución informacional, me preocupa la acumulación de sufrimiento que puede producir esta actitud defensiva aunque totalmente comprensible.

El desafío ineludible de la competitividad provoca, por su parte, un grave problema de empleo como consecuencia del incremento de la productividad por persona ocupada. Esta revolución, conviene recordarlo, empieza con la crisis del petróleo de los años setenta, cuando las materias primas se encarecen. Coincide este fenómeno con un proceso de cambio tecnológico que disminuye la dependencia de unas materias primas claves en el modelo industrial que se está superando. Con la misma población ocupada que hace veinte años, Europa consigue el doble de producto bruto. El resto es desempleo, habida cuenta la dificultad de adaptarse a un reparto diferente del tiempo de trabajo, atenazados por las exigencias de competitividad.

A partir de estas premisas, esa reducida población ocupada debe ser capaz de sostener al resto, personas mayores y desempleados en número creciente, en una política de solidaridad concebida en la economía industrial con pleno empleo y una pirámide poblacional diferente. Si esa base de la población ocupada se sigue estrechando, la sostenibilidad del modelo se pone en crisis, más por razones sociales, como

he tratado de explicar hablando de la solidaridad, que por razones económicas, como tratan de hacernos creer.

La pirámide demográfica se está invirtiendo en las sociedades desarrolladas. Quedan, además, pocas gentes ocupadas y sobre esas pocas gentes ocupadas, que producen mucho más, pesa una población pasiva cada vez mayor. Los ocupados serán acosados por el mensaje neoliberal fundamentalista que toca al individuo diciendo: ¿Por qué usted, que puede resolver sus problemas personales y familiares de educación, de salud y capitalizar su propia pensión, se va a preocupar de tanta gente que depende de su trabajo y de su esfuerzo? ¿Por qué soportar una carga fiscal de la que se benefician otros, si le va a salir más barato este sistema? La quiebra de la solidaridad es uno de los desafíos más serios para quienes creen que lo fundamental para la política es dar una respuesta a los problemas de la cohesión social que nos permite vivir en libertad.

La posibilidad de proyectar mundialmente lo que se produce en el ámbito local; la deslocalización de inversiones, buscando economías de coste; el rápido proceso de concentraciones empresariales en sectores clave, como la energía, las telecomunicaciones, la aviónica, el sistema financiero, o el audiovisual, son características de la economía global, sin barreras arancelarias, en la que pier-

***La nueva realidad
de la globalización
está agravando
las desigualdades.***

***Para los países pobres
la globalización
expresa una nueva
hegemonía occidental.***

den importancia el empleo y el propio producto en relación con la economía financiera. El conocimiento instantáneo, la disponibilidad de información en cualquier punto del planeta con costes reducidos, define un nuevo fenómeno de mundialización, junto a un cambio político trascendental: la liquidación de la política de bloques, el fin de la bipolaridad.

Frente a este fenómeno, responsables políticos y sociales suelen enumerar el catálogo de desastres que lo acompaña, de injusticias sociales y marginación, en cada sociedad y en regiones enteras del planeta. Pero la actitud defensiva no resuelve el problema y oculta las oportunidades de la nueva realidad.

En octubre del pasado año tuve la ocasión de expresarme ante empresarios, responsables políticos y comunicadores del área de Mercosur, crecientemente agobiada por las consecuencias económicas de la crisis financiera, en los siguientes términos:

La globalización, como fenómeno, seguramente se ha producido a lo largo de la historia, pero la que conocemos como resultado de la revolución tecnológica, en particular como consecuencia de la sociedad de la información, tiene características cualitativamente diferentes y su aceleración en un corto espacio de tiempo es enorme. La interdependencia, aunque desequilibrada en

tre los países centrales y el resto, es muy superior a la que generaba la estructura imperial de los procesos conocidos desde el siglo XV.

La globalización de la economía, con intercambios crecientes de mercancías, servicios y empresas establecidas en los cuatro continentes, es asimismo un acontecimiento de dimensiones mucho mayores que nunca. Ofrece oportunidades más amplias y riesgos controlados para las empresas, en la medida en que existen marcos regulatorios, aunque sean defectuosos. Por ejemplo, legislación sobre inversiones, acuerdos de protección recíproca de las mismas, pactos regionales de apertura comercial, o la propia Organización Mundial del Comercio.

La globalización financiera es el fenómeno más significativo de la nueva situación mundial. El crecimiento exponencial de los capitales en movimiento, sin una vinculación con los flujos anteriores y con tendencia a aumentar en los próximos años, ofrece oportunidades de acceso a estos capitales desconocidas hasta esta época, pero también riesgos de gran magnitud en la medida en que sólo están sometidos a la «mano invisible del mercado» sin marco regulatorio ni previsibilidad. Se mueven en una realidad virtual, realizándose en plazos inferiores a una semana, en una especie de casino financiero internacional. Cada vez se oyen más análisis advirtiendo que el exceso de mercado puede matar al mercado.

En esta realidad de la globalización, la economía de la U.E. y de EE.UU., representa, aproximadamente, la mitad de la economía mundial. Constituyen, con Japón, lo que se ha dado en llamar Países Centrales, en contraposición a los que llaman Países Emergentes.

Después de las turbulencias en los mercados de cambio europeos, a comienzos de los noventa, después de la crisis del peso mexicano, que se controló con relativa rapidez y ausencia de ortodoxia, desde hace un año hemos visto caer en recesión, tras tormentas financieras conocidas, a las economías más potentes y más de moda de Asia. En agosto de este año la crisis rusa adquirió dimensiones de tragedia.

América Latina ha recibido el zarpazo, reduciendo sus expectativas de crecimiento a la mitad y, por tanto, aumentando los costes sociales de manera notable, a pesar de haber hecho las políticas macroeconómicas más razonables de su historia reciente, junto con duras reformas estructurales.

Si la globalización es cierta, como dicen todos los líderes del mundo, políticos y económicos, creo que con razón, no se está siendo consecuente con la afirmación. Es decir, no se está reaccionando adecuadamente. Una epidemia que afecta a la mitad de la economía mundial no se va a quedar en la frontera con la otra mitad, constituida por los llamados Países Centrales, con la excepción de Japón y, se supone, de China, por la parte de los emergentes.

Por tanto, resulta pertinente preguntarse sobre las respuestas de unos y otros frente a la amenaza de generalización del fenómeno. ¿Qué hacer antes de que en este casino financiero global se oiga el grito de un anónimo croupier: «*Rien ne va plus*», la Banca ha saltado?

Sería razonable esperar un ejercicio de egoísmo responsable, o inteligente, por parte de la Unión Europea y de los EE.UU. Observen que no apelo a la solidaridad, para que no se confunda mi

***Aun con desequilibrios,
el entramado global
es cada día
más interdependiente.***

razonamiento con el de un exponente de la izquierda política a la que pertenezco.

Los países centrales deben reaccionar rápidamente cortando la epidemia, por ejemplo, precisamente en América Latina, que ha hecho reformas estructurales muy importantes y mantiene un potencial de crecimiento que no debería desaprovecharse.

No bastará, aunque es urgente, reforzar el capital del Fondo Monetario Internacional. Por experiencia sé que frente a la potencia de los capitales en movimiento y su descontrol la vieja teoría de las reservas de divisas es insuficiente, como sé que resultan inoperantes las medidas nacionales de control de capital.

Se necesita afrontar la reforma del sistema financiero internacional, introduciendo elementos de previsibilidad en los flujos y mecanismos de respuesta rápida a las crisis. La previsibilidad comporta transparencia y una cierta homologación de reglas de funcionamiento en los mercados, con capacidad de vigilancia e inspección de los organismos internacionales, como el FMI.

Además, las entidades financieras privadas deberían corregir la tendencia a restricciones crediticias indiscriminadas, que tenderán a agravar la crisis por

falta de financiamiento de los prestatarios. Los países centrales, entretanto, deberían suplir los vacíos que se están produciendo. Si no se hace, los efectos sobre producción y empleo se agravarán rápidamente y el ciclo recesivo se acelerará también en los países centrales.

Hay que evitar varias tentaciones en el ámbito de las decisiones nacionales, tanto de los países emergentes, como de los centrales. En particular, el regreso defensivo hacia nuevas formas de proteccionismo o el abandono de políticas de integración regional. La aparición de profetas de un nacionalismo defensivo y demagógico está servida, y sus consecuencias serían lamentables.

Las políticas macroeconómicas sanas deberían seguir siendo un área de consenso entre las fuerzas políticas de nuestros países, a pesar de argumentos fáciles, como consecuencia del precio que se está pagando por las crisis financieras provocadas por otros.

Al mismo tiempo, la reducción de expectativas de crecimiento debe obligar a todos los agentes, políticos y económicos, a pensar cómo se reducen las consecuencias sociales de la crisis, que deslegitimarán, si no se atienden, las políticas económicas sensatas.

Finalmente, también en el plano interno de cada país, puede aprovecharse la situación para avanzar medidas de

control y de transparencia en los sistemas financieros. La liberalización de los sistemas financieros debe ir acompañada de un rigor «capitalista», al menos tan severo como el de los EE.UU. o Europa, en el funcionamiento de las instituciones privadas y en todos los mercados de capitales.

Las reformas que mejoren el funcionamiento de los sistemas judiciales darán seguridad a los emprendedores y a los ciudadanos en general, así como la previsibilidad en los sistemas impositivos. Son condiciones necesarias para encarar las consecuencias de la crisis generando mayor confianza en los inversores comprometidos con los países emergentes y ayudando a la propia superación de los factores de crisis.

Hace unos meses, entrado el año 99, la crisis brasileña ha vuelto a conmocionar el mercado financiero, sin que se avance en ninguna respuesta por parte de los países centrales. Los efectos en América Latina se hacen sentir con fuerza, y las tasas de crecimiento en Europa y los EE.UU. tienden a disminuir.

Como dije antes, dentro del fenómeno de la mundialización lo que más llama la atención, y algunos de mis colegas responsables políticos lo comprenderán muy bien, no es tanto el crecimiento del comercio mundial, pues aunque hay nuevos protagonistas en términos globales el comercio mundial crece en una media semejante a otras épocas de la historia reciente. Lo nuevo es el crecimiento de los movimientos de capital, de dinero que busca dinero. Lo nuevo es el desplazamiento en la estructura de las empresas de los ejecutivos «industriales» por los responsables financieros.

Cada día circulan entre 1,3 y 1,4 billones de dólares por los mercados de

***Quien no se adapta
a los cambios
tecnológicos queda
fuera del mercado.***

cambio. Ahora bien, más del 90% de los capitales que circulan son operaciones que se realizan en un plazo inferior a una semana y que no se corresponden con transacciones de mercancías, ni de servicios ni, lógicamente, constituyen inversiones productivas. Es dinero que busca dinero. Y para tener un punto de referencia sobre lo que significa este volumen de capital, baste decir que es el equivalente diario a dos veces el Producto Bruto Anual del continente africano.

El FMI tiene, sin duda, un papel que desempeñar. ¿Puede seguir funcionando según las normas originarias, que datan de la segunda posguerra? ¿Pueden seguir cumpliendo el mismo papel FMI y Banco Mundial, habiéndose quebrado la tercera pata del sistema, una vez que se decidió la flotación del dólar?

Es un interrogante para el que no tenemos todavía respuesta, mientras el volumen de los capitales en circulación crece y circula a la velocidad de la luz, en una realidad casi virtual. Las crisis financieras parciales se suceden con repercusiones cada vez más inquietantes, poniendo en cuestión el modelo de desregulación total de los mercados financieros.

En septiembre de 1996, cuando se me ocurrió decir en Nueva York que en el problema de los movimientos de capital habría que buscar una respuesta que no fuera ni de mecanismos de control nacionales, ni de mecanismos de rechazo o de impedimento, y que la respuesta había que encontrarla en sistemas de previsibilidad de los movimientos de capital y de respuesta rápida a las crisis, casi todo el mundo dominado por los defensores de la hegemonía neoliberal me tachó de intervencionista de izquierdas, mientras los amigos de la IS recla-

maban políticas de intervención nacional.

Todavía hoy lo digo con prudencia, para no ser tachado de alarmista, pero es preciso avanzar en un marco regulatorio de los movimientos de capital convocando, desde la plataforma del Fondo Monetario y del Banco Mundial, con urgencia una cumbre que incluya, equilibradamente, no sólo a los países pertenecientes al G.7., sino a los emergentes y a los excluidos de este fenómeno de la globalización. No hablo de recortar los movimientos de capital, propuesta por lo demás irrealizable. Los ajustes presupuestarios y los nuevos equilibrios macroeconómicos de los países centrales y emergentes irán disminuyendo el peso de la deuda y, por tanto, la necesidad de financiación. Se liberará así más ahorro que buscará oportunidades de otro tipo. En consecuencia, seguirá creciendo el volumen del flujo internacional de capitales en los próximos cuatro o cinco años.

Si la crisis del Sudeste asiático limita por contagio dramáticamente el crecimiento de Mercosur a pesar de que estos países han estado haciendo bien sus deberes durante los últimos años, tenemos la obligación de analizar el problema y responder desde la izquierda. Si no afecta, por el momento, a los países centrales, pero sí a los emergentes, ello significa que los países centrales pueden periferizar los

***El Estado del bienestar
está en crisis
por razones sociales,
no económicas.***

***Frente al capital
en movimiento,
la reserva de divisas
es insuficiente.***

efectos de las crisis financieras, creando una nueva dependencia en esta economía globalizada. Nuestros clásicos dirían que es una forma de explotación, diferente pero real. Por buena macroeconomía que exhiba Mercosur, el precio que pagará por una crisis será mucho más alto que el pagado por los países centrales.

Permítanme que termine con un divertimento. Habrán comprobado que la persona más aplaudida en la última reunión de Davos no ha sido un aguerrido ciudadano que se dedica en Wall Street a realizar grandes operaciones financieras, ni ha sido un *neoliberal manchesteriano*, aspirante al Nobel de Economía. El invitado ovacionado ha sido el vicepresidente del gobierno chino. ¿Por qué ha sido tan aplaudido en Davos? Porque ha prometido que no devaluará el yuan.

La globalización de la economía; los movimientos de capital creciendo rápidamente, en una especie de casino financiero internacional; la revolución tecnológica, en particular la de la información, generando y acelerando lo anterior, alterando las estructuras de producción, creando paro estructural y forzando una permanente reestructuración empresarial han creado una *nueva frontera*, un nuevo mundo, una era distinta que *ya es*, aunque el pasado siga presente y haga notar su peso.

Estos tres elementos, con sus múltiples implicaciones que debemos analizar con profundidad, están teniendo efectos profundos en el ámbito de realización de la democracia representativa y de la soberanía: el Estado-nación. Me he referido antes a los tres que parecen más relevantes en esta dimensión nacional a la que estamos acostumbrados históricamente.

Los márgenes de las políticas macroeconómicas se han estrechado espectacularmente. Se pueden discutir los componentes de ingresos y gastos para obtener un resultado razonable de equilibrio, pero es difícil rechazar la necesidad misma de este equilibrio. Los mercados de capitales se encargan de recordar de forma implacable que no confían en la política económica que no vigile la inflación o el déficit. La derecha o la izquierda en el poder se diferenciarán, en esta materia, por la mezcla de ingresos y gastos para obtener el resultado *macro*, no por el resultado mismo. E incluso esto con límites claros, como ocurre con el desequilibrio creciente y difícilmente evitable, de la fiscalidad del capital y del trabajo, de la fiscalidad directa y de la indirecta. Pero estas políticas macroeconómicas sanas deben hacerse con la consciencia de que son una condición necesaria, pero no suficiente para ser considerados países fiables en la «economía informacional».

El Estado-nación está cambiando su estructura en dos direcciones fácilmente observables como consecuencia del impacto que recibe de la globalización:

- a) *Hacia la supranacionalidad*, como vemos en la Unión Europea o en Mercosur, buscando una respuesta más satisfactoria a los desafíos de la globalidad y de la economía abierta. Nos cuesta reconocer la insuficiencia

del Estado-nación, porque es, como decía antes, el ámbito de realización de la democracia representativa, de la soberanía nacional y, en muchos casos, de la propia identidad. Estamos acostumbrados a que se ejerza el poder y la representación de lo que somos en el ámbito del Estado-nación. Nos negamos, incluso, a utilizar el concepto crisis, como si de una fase terminal se tratara. Pero más bien se trata de una crisis de redefinición, de adaptación a las nuevas realidades, que si no se produce, arrastrará consecuencias más dramáticas.

- b) *Hacia la «intranacionalidad»* o, si queremos evitar el barbarismo, hacia una nueva distribución interna del poder del Estado-nación. La propia complejidad y distancia de los poderes centrales, la necesidad de adaptarse con flexibilidad, la reclamación de identidades más locales, la propia angustia que genera la amenaza homogeneizadora de la globalidad, impulsan, con intensidad variable, este proceso de descentralización del poder.

En Europa, la resultante que va apareciendo de este doble proceso es la fijación de cuatro niveles de poder representativo: el local, el regional interno, el nacional clásico y el supranacional europeo. Fenómenos semejantes, con otros desarrollos, se observan en muchos lugares del planeta.

Nuevo papel del Estado, entendido como nuevo papel de los poderes políticos representativos, de la política en general, no sólo del poder central. Este sería el tercer efecto del fenómeno que estamos analizando sobre el Estado-nación. Pocos añoran el casi fenecido Estado totalitario; incluso la mayoría rechaza el Estado «grasiento», lleno de

intervencionismos clientelares o populistas. Las burocracias pesadas no son aceptables para los ciudadanos, y los responsables políticos lo saben. Al mismo tiempo, por razones de eficiencia, también se está generalizando la retirada del sector público de la actividad empresarial. Vivimos algo más que la «moda de las privatizaciones». En este ambiente, la discusión se agudiza entre unos y otros para determinar el papel de la política en la nueva realidad. El debate para definir el papel del Estado será decisivo para los ciudadanos y sus oportunidades, para las empresas y su futuro, para el que llamamos «Estado del bienestar» y para la sostenibilidad de un modelo de crecimiento y desarrollo económico en la nueva realidad de la revolución informacional.

Un Estado ágil y sin grasa se contrapondrá a un Estado raquítico, anoréxico. Un poder representativo capaz de responder a los derechos de los ciudadanos se contrapondrá a la dinámica de Estado mínimo que defienden los neoliberales del pensamiento único, para someterlo a sus privilegios en nombre de la «mano invisible» del mercado.

Si definimos de manera universal derechos como el derecho a la educación o a la asistencia sanitaria, estamos admitiendo que éstos generan obligaciones para los poderes públicos representativos, que deben darles satisfacción o, de lo contrario, se están vaciando de

***Se necesita
emprender la reforma
del sistema financiero
internacional.***

contenido. Estos derechos de carácter universal constituyen elementos claves de cohesión para el conjunto de la sociedad y son, por ello, factores insustituibles de legitimación social de la democracia. Por si fuera poco, la mejora del capital humano que comporta la satisfacción de estos derechos es imprescindible para la sostenibilidad de una economía competitiva en un mercado abierto. Sin embargo, sería imposible que el propio mercado diera satisfacción universal a estos derechos.

En cuanto a los servicios públicos que se prestan con la voluntad de extenderlos al máximo número de ciudadanos de un Estado-nación, —y de los que depende una razonable igualdad de oportunidades entre ellos—, como los de transportes, telecomunicaciones o energía, se plantea con aspereza si su gestión debe ser pública o privada. A mi entender, es un factor secundario si el objetivo de la máxima extensión de la prestación puede ser satisfecho, de manera que se mantenga la cohesión social, entendida como oportunidades razonablemente iguales para todos.

Creo que es en este frente en el que se juega parte del futuro de las alternativas políticas porque comporta la definición de los límites y del papel del Estado, de la propia política. La presión está creciendo hacia la retirada del Estado, tanto de su papel en el campo de la satisfacción de derechos universales,

***Hay que evitar
la tentación
del regreso a fórmulas
de proteccionismo.***

como los citados, cuanto en el de otros servicios públicos generadores de igualdad de oportunidades. Se alimenta con componentes ideológicos neoliberales y se aprovecha de la desestructuración social que produce la revolución tecnológica en la sociedad actual.

En este ambiente, estamos dando por verdades axiomáticas afirmaciones sobre el carácter insoportable del gasto sanitario situado en torno al 7% del PIB en sistemas públicos de salud como el español, y aceptando como deseable una cierta privatización, aun sabiendo que EE.UU. gasta el 14% de su PIB y deja fuera del sistema a más de 43 millones de ciudadanos. Igualmente nos parecen incuestionables las dificultades del sistema público de pensiones, cuando se afirma que no se puede dedicar el 10% del PIB al 20% de la población. El miedo y la incertidumbre que se van inoculando con habilidad, fragilizan el sistema de cohesión en que se fundamenta la sociedad democrática actual, desplazando cada día a más ciudadanos hacia formas de protección y cobertura de riesgo de carácter individual y produciendo la marginación de otros. El acompañamiento de una propaganda constante de la inutilidad de la fiscalidad alimenta el ciclo. El razonamiento de fondo no tiene en cuenta a los millones de excluidos que esta formulación genera, porque se piensa que cuentan poco en la formación de la opinión, o en la generación de riqueza del nuevo sistema productivo, sin apreciar la deslegitimación social que terminará generando, o el riesgo mismo para un mercado sin consumidores.

La nueva situación definida nos lleva inexorablemente a plantearnos la respuesta a los desafíos de la globalización desde la comunidad internacional sin caer en construcciones teóricas inalcan-

zables, como un «gobierno económico global», que se piensa más bien en términos de un G.7 o un G.3, dominando la situación del 80% de la población no incluida en su ámbito de representación. Sin duda, estamos ante un problema de gobernabilidad, regional y mundial, pero esta aproximación cartesiana, impregnada de racionalismo, puede provocar rechazos que impidan el avance de la reflexión y de las respuestas.

Junto a los tres elementos de la globalización que hemos destacado, aparecen otros de gran significación para todos. Por ejemplo, la caída del comunismo, su desaparición como sistema alternativo al de las sociedades abiertas y, con ello, la liquidación de la bipolaridad y del equilibrio del terror. Emergen de las ruinas nuevas teorías que, no sin fundamento, alimentan la caldera armamentista. El «conflicto de civilizaciones» aparece como una nueva amenaza. También es fácil observar cómo surgen nacionalismos radicales, que multiplican los conflictos locales y regionales. Son formas de afirmación de la identidad que tratan de evitar una homogeneización que se percibe como invasora y como la creación de una nueva hegemonía producto de la globalización.

Podríamos decir que la amenaza es menos total que durante la guerra fría. Al mismo tiempo, podríamos mantener que los riesgos se multiplican, sin que hayamos encontrado mecanismos de prevención y respuesta eficaz a los conflictos ni en el campo de la seguridad, ni en el financiero, ni en el medioambiental.

En el terreno de la seguridad internacional, los «dividendos de la paz», resultantes de la superación de la guerra fría, se hacen esperar. La estructura y

Los responsables financieros han desplazado a los ejecutivos industriales.

funcionamiento de Naciones Unidas no satisface las nuevas necesidades y crecen la frustración, el sentimiento de impotencia de cientos de millones de ciudadanos, informados en tiempo real de los múltiples problemas que salpican toda la geografía universal. La última crisis del Golfo, con reacciones radicalmente diferentes a las del 91, muestra que la realidad es distinta más allá de los personajes implicados.

Podemos constatar algunas tendencias. De la bipolaridad se ha pasado a un único polo de poder. La seguridad internacional depende de esta nueva estructura, a la que acompaña una sola organización multilateral de seguridad creíble: la OTAN, que abarca en sus responsabilidades directas o indirectas todo el hemisferio Norte.

Parece imprescindible una reestructuración de la composición del Consejo de Seguridad y de su funcionamiento. Parece también necesario buscar nuevos equilibrios internacionales, mediante el reforzamiento de ese fenómeno de *regionalismo abierto*, que se está produciendo en diversos lugares del mundo y en el que la Unión Europea es el modelo más acabado.

La globalización también se manifiesta con fuerza en las necesidades medioambientales del planeta. Los mayores desafíos de sostenibilidad se plantean a escala global aunque se ge-

neren en cualquier punto de la tierra. Las respuestas son mucho más difíciles en este campo y no hay verdaderos resortes en la Comunidad Internacional para abordarlas.

Algo parecido, en cuanto a las carencias, ocurre con el llamado derecho de injerencia por razones humanitarias, por no hablar de los problemas de una justicia internacional con garantías, frente a su inexistencia en muchos ámbitos nacionales.

Si tenemos en cuenta el fenómeno de la globalización económica y financiera, cada día se tiene más la sensación de que la política sólo gobierna y representa al capital humano en el espacio local. El otro no lo gobierna nadie, ni siquiera los ahorradores modestos de los fondos de pensiones. Aquella afirmación de la izquierda clásica de que «el capital no tiene patria», que se refería al gran capital, hoy es más verdad que nunca y se extiende a una inmensa masa de ahorro, con orígenes muy diversos, que recorre los mercados de valores como un huracán incontrolable e incontenible, a la velocidad de la luz y sin regla alguna.

El trípode en que se sostenía el sistema financiero internacional, a partir de la Segunda Guerra Mundial —FMI, Banco Mundial, sistema de cambios re-

gulado—, ha perdido la tercera pata y su inestabilidad va en aumento. A pesar de las crisis, que se van produciendo con efectos devastadores, todavía no hay una corriente de opinión con fuerza para llevar a cabo las reformas razonables en el sistema financiero internacional. La crisis de los «tigres» asiáticos ha abierto interrogantes y protestas que aún no han cristalizado en propuestas, a pesar de la amenaza de generalización. Los llamados países centrales pueden esperar de momento con más tranquilidad, porque están cargando a los países emergentes el coste de la crisis. Pero el crecimiento se resiente ya, y la reducción de activos llegará si no se corrige la situación en las amplias zonas afectadas.

La globalización está cambiando la realidad del sistema productivo propio de la sociedad industrial, la realidad del poder político, nacional e internacional, y la propia realidad social y cultural.

Aunque nos cuesta reconocer la insuficiencia del Estado-nación, porque es, como decía antes, el ámbito de realización de la democracia representativa, de la soberanía y, en la mayoría de los supuestos, de la identidad, tenemos la obligación de redefinir su función, de adaptarlo a las nuevas realidades, para recuperar la función de la política en la globalización.